

La elaboración. Una perspectiva freudiana

Andrés M. Fractman

ACERCA DEL TERMINO

En psicoanálisis, *elaboración* es un término con distintas acepciones y diferente peso teórico. El término incluye “labor” en referencia al trabajo, un trabajo psíquico.

Es opinión compartida en relación a su valor, que por lo relativo al trabajo, nos referimos a una categoría conceptual inherente al psicoanálisis y fundante de su ética.

Freud caracteriza inicialmente la elaboración como el proceso de inclusión de una representación en el concierto asociativo. Desde la teoría ya más desarrollada esto implica ligazón, que a su vez traduce la acción de las pulsiones de vida. En tanto hay un paso de lo cuantitativo a lo cualitativo, aporta significación.

La referencia al trabajo está también presente en la definición de pulsión, a la que caracteriza como una exigencia de trabajo al aparato psíquico, que éste debe tramitar para el logro de la acción específica.

Charcot denominaba elaboración al lapso que transcurría entre el episodio determinante de la patología histérica y su explosión sintomática y es como Freud la aplicó en “Estudios sobre la Histeria”. Por este camino encontramos al tiempo ligado a la fundación del concepto, instalado como otro valor (simbólico). Tiempo de la historia como organizador y tiempos del tratamiento, tiempo cronológico en referencia a sus variaciones para la duración del análisis y a la frecuencia de las sesiones cuando esperamos de ellas que los esclarecimientos no se diluyan, atemporalidad del inconsciente y tiempo lógico para definir las estrategias.

Elaborar es fiel en su traducción al *arbeit* del alemán, un sufijo

presente en distintos términos de diferentes lugares de la teoría que instituyen su polisemia.

A lo largo del desarrollo del psicoanálisis encontramos oficializados como elaboración distintos procesos: el trabajo para construir el sueño o elaboración onírica; la elaboración secundaria del sueño como construcción de su texto y también para el duelo entendido como trabajo. Reaparece en el ya mencionado proceso de inclusión de representaciones en la trama asociativa para resolver las situaciones traumáticas. Si intentamos hablar con propiedad, elaboración marca la diferencia entre la pérdida sin atenuantes que queda cristalizada en el aparato con las marcas de lo traumático y un proceso genuino, la labor del duelo.

Por último hablamos de una elaboración particular, propia de la cura analítica para la que el título nos convoca. Para ella, Freud (1914) reservó allí una expresión germánica más compleja: *durcharbeitung*.

Las traducciones inglesas para ella recurrieron a una expresión de dos términos *working through*. El término *reelaboración* que emplea Etcheverry para la edición Amorrortu, más aun *perelaboración* acuñado por Pontalis para la traducción francesa, presente en muchos textos en castellano, se ajustan aun más. A partir de la versión inglesa algunos se refieren a ella como *el trabajo a través de* y con ello son fieles al concepto.

La inicial traducción de López Ballesteros empleó elaboración a secas al intitular el escrito técnico de 1914.

A pesar de su menor precisión teórica, esa versión, valiosa por ser pionera para el crecimiento del psicoanálisis hispano parlante, la consagró para nuestro intercambio y así la empleamos en el uso corriente, con sus varios sentidos.

Un detalle bastante sugerente es que para los germánicos el uso más cotidiano del término *durcharbeitung* corresponde a amasar, al acto de unir los componentes de una masa hasta darle la consistencia adecuada.

Ese mismo acto que en el sueño de “Las tres Parcas” le mostraba al pequeño Sigmund, la continuidad y la finitud de la vida.

El auge de otras teorizaciones la entrecruzó con otras nociones; la elaboración pasaba a ser desde un inefable, hasta un concepto obvio o “acabado” en el sentido de algo muy conocido por todos. Reconocer no tenerlo claro, se hacía incómodo.

En una aproximación inicial, mantiene en un entorno de asocia-

ciones: tiempo, memoria y afectos, lenguaje y simbolización, que se despliegan en el espacio mental.

Todas esas formas de elaboración se intrincan y relevan. Si la caridad bien entendida empieza por casa, podemos atisbar en el autoanálisis de Freud cómo aparece.

En los sueños propios, el material más destacado de ese proceso, apreciamos cómo él ha aplicado mediaciones. Desde un texto manifiesto, propone una hipótesis de cómo se construyó; de las asociaciones con sus componentes observa si con ellas se recupera algo propio de él mismo, al que reconoce o elude. En otro nivel de análisis ese hallazgo se incluye en una operatoria para generar una reflexión conceptual o extraer una consecuencia lógica. Lo mismo al examinar la psicopatología de la vida cotidiana. (Freud, 1900; Anzieu, 1959)

Con la naturalidad y sencillez del leudado de una masa tras su cocción, surge para él la elaboración.

DE UN MOMENTO A OTRO

Quiero ilustrar cómo se la puede entender, con una viñeta tomada de la clínica freudiana.

Estamos en el año 1927, la escena transcurre en un consultorio psicoanalítico en la misma Viena salvo que no es el de Freud.

El paciente relata su sueño. *“Contempla a través de su ventana una pradera más allá de la cual se extiende un bosque. El sol brilla por entre los árboles, tachonando la hierba de manchas luminosas, las piedras de la pradera tienen un extraño tinte malva. El paciente concentra sus miradas en las ramas de un árbol, admirando la forma en que se entrelazan. No comprende por qué no ha pintado todavía ese paisaje.”*

El analizando, cercano a los cincuenta, es un modesto empleado de una compañía de seguros, con algunas veleidades de pintor. Se trata de Serguei Petrov, más conocido por nosotros como el “Hombre de los Lobos”. La analista es Ruth Mack Brunswick (1928 a), una de las preferidas de Freud, quizás la más, a excepción de su hija Anna. (Jaccard, 1974 b)

La analista compara el paisaje del sueño con el sueño de los cuatro años: aquello que entonces era sórdido y angustiante, lo aterrador de la noche es sustituido por la luminosidad y el brillo del día. Las ramas del árbol cargadas en las que estaban trepados los lobos amenazantes,

están vacías y se entrelazan resultando una bella imagen representando al hombre y la mujer, y a sus propios padres en un tierno abrazo sexual. El soñante se sorprende de no haber pintado esa imagen. Hermosa manera de expresar el sueño, en el particular lenguaje onírico, una incapacidad para la sublimación. Ha sido capaz ahora de admirarla y de esa forma brindarle un lugar en su mente.

Dentro de la línea teórica del historial se puede decir que el miedo a la castración y la identificación femenina con una madre supuesta fálica como consuelo, da lugar a una admiración de la escena primaria, de aquello que hombre y mujer pueden entregar y recibir del otro gracias a la sexualidad.

En ese análisis, posterior al del historial de 1917, este sueño acompañó el abandono del delirio hipocondríaco que había determinado el reanálisis. Ha sucedido *algo* en la historia de Sergei Petrov, y ese “algo” queda encuadrado dentro de lo que llanamente llamamos elaboración.

Ese movimiento continúa con otro sueño donde aparece *en el diván, encima de él una medialuna con una estrella, está convencido de que es una alucinación...* (Mack Brunswick, 1928b). Una transparente alusión a lo oriental y un nuevo matiz de su relación con lo femenino, enlazado con la transferencia con su analista mujer. El momento en que conoció a su suicidada esposa fue un baile de disfraces en el que estaba disfrazada de turca. Allí se enamoró compulsivamente de ella.

Observamos cómo el hallazgo del objeto sigue siendo un reencuentro con el primariamente amado. Entendemos mejor cómo nunca se repuso de su pérdida, así como antes no se repuso de la de su hermana.

TEORIA Y CLINICA

Al llegar a la última página de “Recordar, repetir y reelaborar” Freud (1914) necesita aclarar que estaba incluida en el título una otra parte de la técnica a la que se referirá apenas un poco.

Curiosa justificación, pues él mismo lo había propuesto así, sin que nada se lo exigiera. Debía ser claro para él, que lo mostrado en el trabajo acerca del olvido, del repetir para no recordar, de la trascendencia de la transferencia para la cura, cuando dejaba de ser considerada obstáculo para convertirse en instrumento, no alcanzaba para dar por concluida la cuestión en forma satisfactoria.

Es lícito pensar, que buscaba equiparar a esos tres elementos del título. Por el escaso desarrollo que le otorga, podemos pensar que, tal como ocurrió con la sublimación, quizás reservara su exposición para otro texto como sucedió con otros escritos postergados o destruidos según su costumbre.

Así justifica Freud (1909) la inclusión del término: por una necesidad de la transmisión. Según él, era frecuente en analistas poco formados, algo semejante a lo señalado en su “análisis silvestre”, sentirse desorientados ante el hecho de que intervenciones acertadas no corrigieran los síntomas y que incluso éstos se agravaran.

El apunta como explicación que la revelación de las resistencias no alcanzaba; y que para suprimirlas es imprescindible analizarlas en profundidad.

La denominación de resistencia provenía para Freud (1895) de cuando él ejercía la técnica del apremio, describía una sensación “casi física” de oposición cuando el “enfermo” no respondía al *reiki* de la imposición de manos. La entendía como el correlato clínico de las defensas.

Con la ampliación del dispositivo referencial del análisis, pasa a ser un concepto más psicológico cuando intervienen el lenguaje y el pensamiento. Se formulará en plural, como resistencias, diversificándoles su expresión.

Me tranquilizó encontrar en R. Avenburg (1998), la afirmación de Freud convertida en pregunta: ¿qué será analizar las resistencias? Por supuesto estará el reconocerlas y discriminarlas. Avenburg insiste que señalarlas sin integrarlas en un contexto de sentido, sin marcar cuáles son las representaciones con que están en lucha, sólo puede generar en el analizado un sentimiento de futilidad, una vivencia culposa o una aceptación acrítica.

Con “te resistes bestia”, se burla Leclair de la mera imposición basada en la autoridad.

Con la calma de Don Quijote cuando dijera “ladran Sancho, señal de que cabalgamos”, reconoceremos la proximidad mayor de lo excluido.

Debe darse al analizando, propone Freud, tiempo para ahondar en ellas y dominarlas, sin abandonar en ese tiempo la aplicación de la regla fundamental y sosteniendo el funcionamiento del dispositivo.

“Suavitur in modo, fortitudine in re” decían los latinos. Tolerancia para la comprensión, pero consistencia en lo fundamental.

¿Cuál era en ese momento para la comprensión de la cura, la razón

de esta insistencia? Freud (1914) responde “sólo al culminar llegamos a descubrir en colaboración con el paciente, los impulsos instintivos reprimidos que alimentaban la resistencia”.

La permanente referencia a las resistencias estaba promovida por su gravitación cotidiana en la clínica. Para el “joven Freud” (1895, 1897, 1900) “todo lo que impide la continuación del análisis es una resistencia” y en 1914 completará el concepto al enunciar la necesidad de la reelaboración. Este esfuerzo consigue, no sólo cambios estables y duraderos, sino que evita que la sugestión opere como paliativo circunstancial de los síntomas. Pondera sus resultados asimilándolos a los logros pioneros de la abreacción, cuando ésta anulaba los síntomas por el recurso de la mera descarga.

El deslizamiento de la elaboración a las resistencias está en función de concebirlas como partes de un mismo eje. El mayor conocimiento de las resistencias, que cuentan con mayores referencias permitirá una aproximación mayor a la elaboración. Si bien se oponen, no son necesariamente una el reverso de la otra. Parecen parte de un mismo vector cuyos sentidos apuntan en forma opuesta.

En la clínica, hay consenso entre los lectores de Freud en que, como diferencia, la elaboración *debe culminar en hechos*, psíquicos primero y materiales en la realidad después, mientras que la defensa se regocija en el síntoma. La perelaboración queda, al decir de Ulloa (1999), como la articulación entre el hacedor y la hechura.

La finalidad universal de la cura, para la primera tópica, era en términos muy amplios el dominio progresivo y nunca total del inconsciente por medio del preconscious (Freud, 1900). Esto obligaba como primera tarea a la recuperación de los recuerdos reprimidos por la vía de la interpretación y la reconstrucción, afirmada por el auxilio de la herramienta transferencial. La elaboración contribuye a la consecución de la memoria necesaria a partir de la memoria posible.

Cuando culmina la teorización de la primera tópica, en “Duelo y melancolía”, Freud (1915) describe la metapsicología de la elaboración. Inesperadamente, teniendo en cuenta el tema, el lector puede seguir con detalle una variante específica de la perelaboración: el desasimiento del objeto perdido.

En lo teórico la explicación pivotea sobre la participación de la *contrainvestidura* a nivel de la representación de cosa. Esto promueve, dentro del punto de vista económico, una operatoria de investiduras con la pulsión, el objeto, las identificaciones, el narcisismo y la ambivalencia. Ese trabajo se continuaba con el levantamiento del

proceso represivo de representaciones preconscientes y la transformación de los afectos. Ya en 1914 Freud prescribe el mantenimiento del progreso mediante el análisis permanente de las resistencias tal como las había formulado en sus escritos iniciales. Por entonces el yo con minúscula, el yo considerado como sujeto, pero no como la instancia estructural que pasó a ser luego, todavía era sinónimo de conciencia.

En el lenguaje de la segunda tópica, el análisis del Yo, ahora instancia, en cuya parte inconsciente quedan localizadas esas defensas, nos abre un panorama distinto. La adscripción de esas defensas/resistencias a una parte inconsciente del Yo impone que hay vasallajes para ese Yo, un inconsciente reprimido en el Ello y un inconsciente represor en el Yo.

En “Inhibición, síntoma y angustia”, previo paso por “El yo y el ello”, las resistencias pasarán a ser mejor especificadas. Quedan diferenciadas las ya reconocidas como resistencias del Yo: la *represión*, según Freud (1926) ya muy trabajada, la resistencia de transferencia “de naturaleza idéntica” “con la ventaja de lo vivido” y otra menos tenida en cuenta: el beneficio del enfermar. Este último consiste en la integración del padecimiento al Yo con dos beneficios, el primario que es la evitación de la angustia merced a los síntomas y el secundario por las compensaciones sociales que provee. Las resistencias yoicas no alcanzan a abarcar los nuevos escollos.

Aún tiene que incluir una resistencia del Ello: *la repetición*. Esta ya no es como en 1914, la recuperación de satisfacciones denegadas, al servicio de la homeostasis del principio del placer. Tras la inclusión de la pulsión de muerte y de ahí *el más allá*, en la reiteración de la situación traumática, el esfuerzo de ligadura puede devolver las representaciones al concierto asociativo.

El retorno a la legalidad del principio del placer permitirá el acceso al pensamiento y la realidad.

Queda por agregar una más, la resistencia del Superyo: *la necesidad de castigo y el sentimiento de culpa*. Con la energía prestada por el Ello y con el conocimiento que éste consigue de los impulsos reprimidos antes que el Yo, pues la barrera de la represión no lo afecta, termina así descargando libremente su furia “sin misericordia” sobre el Yo.

Por estas últimas resistencias ya no se puede prescindir de una comprensión más compleja.

Estas, que remiten al *más allá* requieren de nuevos instrumentos, en particular la reconstrucción, tal como lo he expresado en anteriores trabajos. (Fractman, 1996, 1999)

En “Análisis terminable o interminable” Freud señala un concepto descrito antes en forma dispersa: la *alteración del Yo*. Consiste en lo que queda de él cuando es transformado permanentemente por las defensas que se le incorporan y cristalizan en los rasgos inamovibles del *carácter*. Surge una nueva dificultad, el momento en que la curación, al desarticular las defensas, pasa a ser vivenciada como un peligro nuevo. Freud (1937) arguye que mientras buscamos mediante interpretaciones y construcciones dentro del Ello, hacer consciente lo reprimido, no contamos con una *resistencia al descubrimiento de las resistencias*.

Según él, en ese momento no hacemos más que trabajar para nosotros, porque el analista como emisario de la curación es solamente un hombre extraño que hace “desagradables propuestas” al analizado “y éste se comporta en un todo, como el niño a quien ese extraño no le gusta”. Las defensas frente al conflicto pasan a ser no sólo resistencias contra lo reprimido sino también contra el análisis y la curación que se esperaba de él. El Superyó y la necesidad de castigo limitan el campo de intervención del analista en el camino de la elaboración.

El analizado se convierte en saboteador del contrato analítico y de la regla fundamental convencido de que se está preservando.

Si no cabe un recurso a la transferencia positiva sublimada, queda el campo despejado para que la pulsión de muerte complete su tarea disolvente.

Presenciamos en el proceso primario la prevalencia de la contra-investidura, cristalizada como formación reactiva frente a lo pulsional. En el secundario la limitación de hacer a través de la acción específica, la incapacidad de juzgar, de encontrar un camino alternativo por la función del pensamiento y falta de espacio para la creatividad.

Una imagen cara a Freud cuando la usó para los sueños en relación al inconsciente era el de la vía regia, o sea el camino del rey en el lenguaje medieval, por ser el más amplio y mejor conservado. Este recorrido, para el caso de la elaboración, se convierte en sendero áspero, poco diferenciado del panorama que lo rodea. Es un desfiladero desparejo que transita, en relación al Ideal del Yo, en el estrecho espacio entre el sometimiento a la sugestión y la imposi-

ción de la moralina educativa, defectos en los que puede caer el psicoanálisis, cuando los objetivos forzados o el furor curandis se anteponen a la escucha.

La perelaboración no llega a conducir (y mejor que sea así) a una traducción literal de lo reprimido. Aun cuando el equipamiento del analista puede hacerla aprehensible, quedará “stand by” en su propio registro.

Podemos considerar la perelaboración para todo aquello relacionado con la curación por añadidura.

Podrá aliviar los síntomas, enriquecer el carácter, pero no llegará a despojar a lo reprimido de la cuota de misterio y enigma que lo mantienen activo. Como tan lúcidamente señalaba Julien Green en su diario (citado por Roland Jaccard): *“Lo que siempre me ha parecido curioso y atrayente en el psicoanálisis,... es que ahonda en el misterio del alma sin aclararlo mucho; más avanza, más densa es la oscuridad; cuando resuelve un interrogante, siempre hay detrás de éste un nuevo interrogante, que a su vez esconde otro mayor”*. (Jaccard, 1974 a)

El esfuerzo por explicar las posibilidades diferentes de cada sujeto para elaborar, conduce a formulaciones problemáticas del estilo de la viscosidad de la libido.

A esta altura la elaboración deja de ser, como sugería en 1914, *un trabajo de uno para hacerse de a dos*. El analista interviene señalando las contradicciones, levantando las represiones, ayudando a pensar y el analizado, tomando en cuenta la propuesta del análisis, poniendo a su disposición como material, aquello que solamente él puede aportar: la cuota de verdad histórico-vivencial que reside en su inconsciente, y su capacidad para aprehenderla cuando la recibe enriquecida por la interpretación.

Así cada uno puede convocar, en una sana dialéctica, sucesivamente al otro para aportar lo útil de sí.

PARA CONCLUIR

Freud muere el día antes de la invasión nazi a Polonia, que inició la Segunda Guerra.

Su pensamiento, que continuó vivo nos dejó allí otros caminos abiertos a investigar:

– En relación al Superyo los efectos del malestar en la cultura: la destructividad, la crueldad y la culpa.

– En relación a lo traumático las consecuencias de los enormes desastres y de los traumas sociales cuyos resultados pueden durar varias generaciones.

– En relación a la subjetividad lo que deriva de la “roca viva”: narcisismo y las consecuencias de la diferencia de sexos.

Dolores que el psicoanálisis no podrá corregir en sus causas por más que su pensamiento pueda influir.

Su aporte científico, igualmente deja una alternativa: *la elaboración, es posible.*

BIBLIOGRAFIA

- ANZIEU, D. (1959) *El autoanálisis de Freud*. Siglo XXI, 1978, Méjico.
- AVENBURG, R. (1998) “Los escritos técnicos de Freud”. *Psicoanálisis: perspectivas teóricas y clínicas*. Publikar, 1998, Bs. As.
- FRACTMAN, A. (1996) “Reconstruir-Historizar-Interpretar. La construcción según Freud y la clínica”. *Psicoanálisis*, Vol. 17, 2. Bs. As.
- (1998) Transferencia y aparato psíquico. Trabajo presentado el 14 de abril de 1999. Ateneo Científico, APdeBA.
- FREUD, S.; BREUER (1895) Estudios sobre la histeria. O.C. Vol. p.296, A. E., Bs. As.
- FREUD, S. (1897) Carta 72 a W.Fliess. O.C. Vol. 1, p.308, A.E.
- (1900) La interpretación de los sueños. O.C. Vol. 5, p.511, A.E.
- (1909) El psicoanálisis silvestre. O.C. Vol. 1,1 A.E.
- (1912) La dinámica de la transferencia. O.C. Vol. 12, A.E.
- (1914) Recordar, repetir, reelaborar. O.C. Vol. 12, p.156-7, A.E.
- (1915) Duelo y melancolía. O.C. Vol. 14, p. A.E.
- (1926) Inhibición, síntoma y angustia. O.C. Vol. 20, A.E.
- (1937) Análisis terminable e interminable. O.C. Vol. 23, p.p.156-7 A.E.
- JACCARD, R. (1974) *El Hombre de los Lobos*. a) p.18, b) Granica, Bs. As.
- MACK BRUNSWICK, R. (1928) Suplemento a “Análisis de una neurosis infantil” de Freud. En *Los casos de sigmund Freud 1*. a) p. 206 b) p.203, Nueva Visión, 1971, Bs. As.
- LECLAIRE, S. (1968) *Psicoanalizar*. Siglo XXI. 1970, Méjico.
- ULLOA, F. (1999) Para una metapsicología de la reelaboración. En *La cuestión de la cura-direcciones y límites*. Universidad Nacional de La Plata, Bs. As., 1999.

Andrés M. Fractman
J. Salguero 2970, P.B.“A”
C1425DFN Capital Federal
Argentina